21 Julio 76
17691

EL TEATRO CONTEMPORÁNEO.

CARRACUCA!!!

JUGUETE COMICO-LÍRICO-FAMÉLICO EN UN ACTO Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

DON RAFAEL MARIA LIERN,

MUSICA DE

DON BEN[redacted]NFORT.

J. M. M.

1857

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ.—CALVARIO, 18.
1876.

L47 - 6781

247-67 81
55-6

CARRACUCA!!!

José Rodriguez

OBRAS DEL MISMO AUTOR.

EN UN ACTO.

Una coincidencia alfabética.
Un animal raro.
Lo que le falta á mi marido.
Al borde del precipicio.
Dos y tres... dos.
Aurora de libertad.
Una casa de fieras.
¡El mundo en un armario!!
La venida del Mesías.
Un Milord de Ciempozuelos.
Americanos de pega.
Pedro el Veterano.
El retrato de Macaria.
¡El demonio de los Bufos!!!!
La comedianta Rufina.
El impuesto de guerra.
Dos cómicos de provincias.
¡Viva la Paz!
Carracuca!!!

EN DOS ACTOS.

Una conversion en diez minutos.
Un liberal como hay muchos.
El Can-cán.-¡Atrás, paisano!
Setiembre del 68 y Abril del 69.
¡El Teatro en 1876!!
El príncipe Lila.
Satanás II.
El Diamante negro.

EN TRES ACTOS.

La Almoneda del diablo.
La paloma azul.
La espada de Satanás.
El laurel de plata.
La azucena del prado, zarzuela. [1]
Desde Céres á Flora.
Los amores del diablo.
Vivir al dia.

PIEZAS BILINGÜES.

De femater á lacayo.
Les elecsions d'un poblet.
Un rato en l'hort del Santissim.
En les festes d'un carrer.
La mona de Pascua.
La flor del cami del Grau.
La toma de Tetuan; [2] zarzuela.
Dos pichones del Turia, [3] zarzuela.
La cotorra d'Alacuas.
Telémaco en l'Albufera, parodia.
Una broma de Sabó.
Una paella.
Un doctor de secá.
Zapatero... á tus zapatos.
L'agüelo Patillagroga.
Nubolaeta d'estiu. [4]
Carracuca!!!
La comedianta Rufina.
El que fuig de Deu...
Adan y Eva en Burchasot.
Doña Juana Tenorio.
Arros en fesols y naps.
Dos Adans contra un aserp.
La ocasio la pintan calva.
Volantins en Chirivella.
Chavaloyes.

---

1 Música de D. Joaquin Miró.
2 Id. Id.
3 Música de D. F. A. Barbieri.
4 Id. del Sr. Nieto.

CARRACUCA!!!

JUGUETE COMICO-LÍRICO-FAMÉLICO EN UN ACTO Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

DON RAFAEL MARIA LIERN,

MUSICA DE

DON BENITO DE MONFORT.

Estrenada con gran éxito en el Teatro del JARDIN DEL BUEN RETIRO el dia 3 de Setiembre de 1875.

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ.—CALVARIO, 18.
1876.

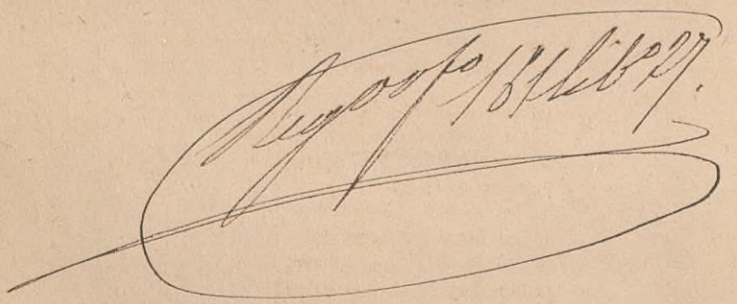
PERSONAJES.	ACTORES.
DOÑA ROSA.....	Sra. Moral.
AMALIA.....	Sra. Rubio.
CARRACUCA.....	Sr. D. José García.
DON PASCASIO.....	Sr. Chacel.

La propiedad de esta obra pertenece á D. José María Moles, y nadie podrá sin su permiso reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones, ni en los paises con que haya ó se celebren en adelante contratos internacionales.

El autor se reserva el derecho de traduccion.

Los corresponsales de la Galeria dramática titulada *El Teatro Contemporáneo*, que administra D. Eduardo Hidalgo, son los encargados exclusivos de la venta de ejemplares y del cobro de derechos de representacion en todos los puntos.

Queda hecho el depósito que exige la ley.



ACTO ÚNICO.

Una bohardilla de reducidas dimensiones. Un catre sin colchon ni sábanas. Sobre el catre una almohada sin funda. Dos sillas rotas. En un rincon, rollos de esteras y trastos viejos, formando un monton capaz de ocultar á una persona. Puerta á la derecha y otra á la izquierda. Muy miserable el aspecto general de la decoracion. Una sombrerera vieja. Una guitarra colgada en la pared.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA ROSA, tratando de poner en órden los pocos muebles del cuarto.

¡Qué laberinto, señor!
Si no queda ni una silla
en buen estado! Y el catre
por puntos se desvencija.
Ya se ve; ese majadero
en sus expansiones de ira
se acuesta de golpe, y claro,
¿dónde hay catre que resista?
Y me ha rasgado la tela!
(Examinando la del catre.)
Debe ser con las rodillas
ó con los codos, seguro;
hoy es el último dia
que duerme aquí Carracuca.
Hoy le despido.

ESCENA II.

DOÑA ROSA y AMALIA.

AMALIA. Vecina?
ROSA. Es doña Amalia. Entre usted.
AMALIA. Me pareció que la oía.
ROSA. Y aquí estoy.
AMALIA. Jesús qué aspecto!
ROSA. Toma, para quien la habita
basta y sobra. Ya lo creo.
AMALIA. ¡Qué miserable bohardilla!
ROSA. Me debe veinte y tres meses,
dos semanas y seis dias
de pupilaje.
AMALIA. Caramba!
ROSA. Y el caso es que no se explica
ni dice, «ya pagaré,»
que es lo que más me fastidia.
AMALIA. Pero si no tiene el pobre!
ROSA. Que lo busque. (Con mal modo.)
AMALIA. Tontería.
Cuando el hombre no le paga
es que...
ROSA. Usté es muy compasiva!
Hoy le despido.
AMALIA. Infeliz!
Hoy!
ROSA. Y qué?
AMALIA. Que son sus dias.
ROSA. Que los pase en el Botánico!
AMALIA. Con un calor que liquida!
ROSA. No lo recomiende usted;
es ya cosa decidida.
Si hoy no me paga, á la calle.
Mire usted, yo quedé rica
cuando murió mi marido,
sí señor, porque tenía
mil duros en onzas de oro
guardados en una arquilla
desde que estuvo de fiel

de consumos de Almería.
Pues bien; al morir mi esposo
me dijo mi cuñadita:
«Por qué teniendo mil duros
no pones pupilería?
Es una industria que deja
ganancias...»

AMALIA. Muy lucrativa!

ROSA. Y dicho y hecho, señora.
Compré camas, sillerías...
y abrí una casa de huéspedes.
Mas con fortuna tan pícara
que me he quedado por puertas,
porque me han comido viva.
Entre estudiantes, alféreces
y cesantes, petardistas,
y esas mamás que á Madrid
se vienen desde provincias
para buscar, segun dicen,
casamientos á sus hijas,
ay! me han hecho cada pella
que me han dejado escurrida.
Hija, y como el que no tiene
de qué vivir... necesita
correr de aquí para allá,
agitarse, andar de prisa,
se les despertó á mis huéspedes
un hambre de esas caninas
con el ejercicio, que
un costado me comían.

AMALIA. Los despidió usted por fin?

ROSA. Ya estaba mi casa limpia
y vino el tal Carracuca.
Una persona muy fina,
bien vestido, bien portado,
maneras muy distinguidas...
Pagó el primer mes y... punto.
Entre cuentos y mentiras
diciéndome que iba á ser
gobernador de Manila
unas veces, y otras veces
cónsul en Alejandría,

y embajador y ministro...
y virey de Palestina...
y qué sé yo cuántas cosas
más, ello es, amiga mia,
que está dos años en casa,
pero de aquí... no respira.
(Accion de dinero.)

AMALIA. Y en qué estado se halla el pobre!

ROSA. La estampa de la heregía.
Ya no tiene que empeñar
ni qué ponerse.

AMALIA. Rosita,
usté es muy buena persona,
ande usted, no lo despida
hoy...

ROSA. Hoy mismo.

AMALIA. Espere usted.

ROSA. Ay, Amalita, Amalita,
usted quiere á Carracuca.

AMALIA. (Confusa.) Yo no señora. Me inspira
compasion su pobre estado.

ROSA. (Cómo me escama esta niña!
Pues si llego á descubrir
que se quieren... ¡Oh, sería
la infamia de las infamias!)

AMALIA. Se ablanda usted?

ROSA. Señorita,
por él tengo dos lavabos
un *armoir*, cuatro sortijas,
un manton, tres abanicos,
y sábanas y mantillas
en una casa de préstamos
y no saldrán en la vida
si me ablando. No señora,
á la calle.

CAR. (Dentro.) Sí, muy tia.
Vaya usté á mandar llover.
No diga usted que es mentira.
(Como regañando con álguien.)

AMALIA. Él es, verdad? No quisiera...

ROSA. Pues por esa puertecita
lo observaremos de ocultis.

(Yo sabré si esta chiquilla
lo quiere; y á ser verdad
está fresco el petardista!)

(Vánse por la puerta de la izquierda. Apareoe Carracuca por la derecha.)

ESCENA III.

CARRACUCA, en el mayor estado de miseria. Trae en la mano una camisa mojada y completamnnte hecha girones.

MÚSICA.

Estoy hecho un demonio!
Y ya no puedo más!
Estoy echando chispas.
Y voy á reventar.

I.

No más tengo esta camisa
que heredé cuando nací
y despues de bien lavada
á secarla la tendí.
Cuando estaba casi seca
una fámula feroz
agua sucia y mil excesos
sobre el pecho le vertió.
Ay, peluca, peluca, peluca,
ya no puedo á paseo salir,
que al señor Carracuca-Carracuca
la criada le ha puesto en un tris.

II.

Yo pensaba mil conquistas
por lo ménos hoy hacer,
y en mi cuarto todo el dia
metidito me he de ver.
No me queda más remedio
que quedar sin ver el sol,
ó salir por esos mundos
cual mi madre me parió.

Ay, peluca, peluca, peluca, etc., etc.

HABLADO.

CAR. La disculpa es ingeniosa.
Y qué importa que esté tibia?
¿No moja el agua templada?
Me ha gustado la salida. (Baja al proscenio.)
Sin camisa me he quedado.
No hay más; así como suena.
Yo que la puse á secar
tendidita en la azotea
y como en la fuente el niño
mirándome estaba en ella.
Hasta que por la ventana
salió la maldita vieja
y el barreño de fregar
vertió audaz sobre la huérfana,
(Por la camisa que tiene en la mano.)
que al mirar su nitidez
manchada por la impureza
de un líquido accidentado
de coliflor y otras yerbas,
llorando está pudibunda
su desgracia y su vergüenza.
(Retuerce la camisa que suelta un chorro de agua.)
¿Y cuándo fué mi camisa
por aquel torrente envuelta?
¿Y cuándo? Cuando á plancharla
me disponía! ¡Qué pena!
Á plancharla, por supuesto,
con arreglo á mi sistema.
Yo plancho con... (Se sienta.) Hay secretos
que debe callar la lengua.
Y es un sistema barato
el de mi invencion moderna.
Sobre que á usted no incomoda
ni le da calor, ni quema,
hay siempre plancha caliente.
Una camisa tan nueva!
Hoy hace diez y seis años

que la estrené. Fué una herencia.
Cuando se casó mi padre
se la regaló mi abuela.
¡Qué cómoda es mi camisa!
¡Qué de verano! Muy fresca!
Toda llena de boquetes
de ventilacion. ¡Qué higiénica!
(Enseñando los girones.)
Soy el ser más desgraciado
de la península ibérica.
Si tropiezo me desnuco;
si voy en coche me vuelca;
si voy á pie... zás! resbalo
sobre la mejor acera
y me lastimo la plancha.
Es una reminiscencia.
No fumo porque no tengo, (Accion de dinero.)
no como por lo que cuesta,
no bebo por idem idem,
y si la naturaleza
no diera gratis el aire,
ni respirara siquiera;
que en cuanto á lo de tener,
sólo tengo por mi cuenta,
más hambre que siete dómines,
más iras que veinte suegras,
más deudas que cien Españas,
más granos que una cosecha,
más alambres que el telégrafo,
(Por lo delgado que está.)
más floretes que una escuela,
más pararayos que el Louvre
(Por piernas y brazos.)
más bisturís que la ciencia;
y en fin, con decir á ustedes
que por apodo, en mi aldea
me pusieron Carracuca,
(compendio de la miseria),
verán que soy el viviente
más infeliz de la tierra.
(Cae sentado en una sillla.)

ESCENA IV.

CARRACUCA y D. PASCASIO.

PASC. ¿Está usté en casa, vecino?
CAR. (Don Pascasio!) Qué, no pasa?
Pase usted.
PASC. Muy buenos dias.
Qué tal va?
CAR. Tan bueno; gracias.
Y usted?
PASC. Yo tan campechano.
¿Vió usted por aquí á mi Amalia?
CAR. No señor.
PASC. Me dijo Pepe
que con la patrona andaba.
CAR. Pues no las ví.
PASC. ¿Y cómo empiezan
los dias? (Anda Carranza buscando algo.)
CAR. Si ellos acaban
será un milagro de Dios.
PASC. ¿Qué busca?
CAR. Busco la bata.
PASC. Sí, que anda usté un poco fresco.
CAR. Es costumbre inveterada.
Yo soy así... muy moruno.
Como estuve un año en África
me acostumbré al negligé...
Allí negligé se llama
al que gastó el padre Adan
ántes de comer manzanas.
PASC. Y usted copia el figurin
admirablemente.
CAR. Vaya.
Soy muy dado á antigüedades.
PASC. Sí, eh?
CAR. No tengo una hilacha
de ropa moderna. (Con desden.)
PASC. Ya.
CAR. Como no salgo de casa...
para qué me he de vestir?

Yo ya, si este no me engaña, (El corazon.)
vestiré siempre de antiguo.

PASC. Con esa aficion marcada...

CAR. Por no tratar con los sastres...
He tenido unas batallas
tan rudas con esos hombres!
Y no crea usted... por nada;
todo por cuestion de cuentas.
Yo empeñado en no pagarlas
y ellos en cobrar. ¡Qué luchas!
Y no es porque me faltara... (Dinero.)
no tal. Cuestion de amor propio!

PASC. Claro. Cuando uno se exalta...

CAR. Hasta pleitos me han seguido;
algunos se han visto en sala.
Pero yo soy muy tenaz.
No he pagado.

PASC. No? Caramba!

CAR. Ni pagaré. Así lo dije
y he cumplido mi palabra.
Mas hablando de otra cosa
bastante ménos prosáica.
Don Pascasio, yo quisiera
que un agasajo tomara
por ser hoy mis dias, pero
las cosas están tan malas...
Y aunque he mandado traer
perdices escabechadas
y unos pimientos rellenos,
y unos dulces y unas pastas...

PASC. Qué tontería, señor.
Pues eso es lo que faltaba.
Yo soy quien debo obsequiarle,
y si me da usted palabra
de no ofenderse... (Saca un lio del bolsillo.)

CAR. Qué es eso?

PASC. Aquí hay ternera mechada,
(Carracuca, cuando D. Pascasio no le mira, manifiesta su hambre, y desden profundo cuando aquel le observa.)
jamon, unas pechuguitas,
y un postre ademas...

CAR. Qué lástima!
Estoy tan inapetente.
PASC. De veras?
CAR. Esta mañana
á guisa de desayuno,
tomé un cohombro y me basta.
Tal vez no vuelva á comer
en la presente semana.
Yo soy un hombre muy parco.
PASC. Y dispense usted que traiga
pan tambien.
CAR. Hombre, una rosca!
Y de la segunda hornada. (La muerde.)
Qué caprichoso es el hombre!
Pues no me está haciendo gracia
esta suegra? ¡Qué tontuna!
PASC. Coma usted.
CAR. No tengo gana.
Esto es por no estar ocioso.
(¡Qué bien huelen estas viandas!)
Aquí se quedan por ahora.
(Deja en una silla cuanto ha traido D. Pascasio.)
No puedo. (En cuanto se vaya
me como hasta los papeles
ántes de que entre en su casa.
El jamon huele que hechiza.
La boca se me hace un agua.)
PASC. Pues señor, yo... (Disponiéndose á hablar.)
CAR. Don Pascasio,
usted fuma? (Tentándose los bolsillos.)
PASC. Muchas gracias,
pero hasta que almuerzo, no...
CAR. No, si yo lo preguntaba
por si tenía ahí un cigarro.
PASC. Eso es otra cosa. Vaya. (Le ofrece cigarros.)
CAR. Yo tengo en el cofrecillo
picadura de la Habana,
pero he perdido la llave...
Tambien tengo unas cabañas...
PASC. (Sí, en el rio cuando hay baños.
Pobre chico, cuánto pasa!)
Tome usted. Tómelos todos.

CAR. No; con los que tenga basta.
(Como si hiciera un acto de finura coge todos los cigarros.)
PASC. Pues señor...
CAR. Qué?
PASC. Á mí me trae
un asunto de confianza.
Sabe usted que á la patrona...
CAR. La quiere usté unas migajas.
PASC. Pues! Siendo viudos los dos...
CAR. No, si el hecho no me espanta.
PASC. Yo la quiero mucho y bien,
sí señor, con toda el alma,
pero á mí se me figura
que ella no me quiere.
CAR. ¡Cáspita!
PASC. Tuvo usté amores con ella?
La verdad.
CAR. La verdad clara.
Me quiso, yo no la quise,
pero fué un amor de chanza,
coqueteo, algunas flores,
bolitas de pan, miradas.
Yo me dejaba querer.
Naturalmente, no hablaba
de cobrarme las quincenas...
y en vez de ciertas patatas
que no olvidaré en mi vida,
aquí las tengo grabadas,
me aumentó un principio fuerte
sin aumentarme la paga,
pues yo fiel á mi sistema,
no señor, no la pagaba.
¿Qué había de hacer? Es claro,
con cariñitos pagarla.
Pero amigo, desde que
se ha vuelto así tan avara
y sin saber yo el motivo
ni existir razon, me trata
peor que á perro sin cédula...
Ya me pasó de la sala
al gabinete; de allí

al cuarto de la criada;
de aquel cuarto al cuarto oscuro;
del cuarto oscuro á esta cámara,
que ha sido siempre el palenque
de gatas enamoradas,
hasta que limpié yo el coso
con la ayuda de una tranca.
Pues bien; desde el dicho cambio
la tengo aquí atravesada.
Por mí no tenga usted celos,
que no la diré palabra.

PASC. Es usted un buen amigo!
Esta conducta es honrada.

CAR. Y diré, pues viene á pelo,
que á quien adoro es á Amalia,
á su hija de usté, á esa hermosa.
Y tan luego como vayan
mejor mis asuntos... Si
da usted la mano blanca
de la niña... yo la tomo.
Ya ve... yo no tengo nada,
pero lo que tengo es suyo.
Y si llega cierta carta...
áun me sobrará fortuna
para el dia de mañana.

PASC. Más adelante hablaremos.
Yo doy á usted muchas gracias
por esa espontaneidad.

CAR. Á Rosa, yo... ni mirarla.
Puede usted vivir tranquilo.
¡Patrona más desalmada!

ESCENA V.

DICHOS, DOÑA ROSA y AMALIA. Muy contenta ésta. Descúbrese en aquella un arranque de ira reprimida.

ROSA. Buenos dias.

CAR. (San Pascual!
Si me ha escuchado me araña.)

ROSA. Oh! que está aquí don Pascasio!

PASC. Estaba usted encerrada?

CAR. (Salió el toro del toril.)
ROSA. Tiene usté abajo una carta,
y en el sobre dice «urgente.»
PASC. Sí? Pues voy... Ustedes bajan?
AMALIA. Yo le acompaño, papá.
(Ha dicho que sí que me ama!) (Vánse.)
ROSA. Yo bajaré en seguidita,
que he de dar una mirada
á todos los trastos viejos.
CAR. (Entraré yo en el programa?)

ESCENA VI.

CARRACUCA, DOÑA ROSA.

CAR. (Dios me coja bien comido
por si la tormenta estalla.)
(Coge la rosca y el lio en que está el almuerzo.)
ROSA. No es ocasion de comer,
caballero. (Le arrebata el almuerzo.)
CAR. Esto faltaba!
ROSA. Conque me finge usté amores
y á quien adora es á Amalia?
Desde cuándo, señor mio,
tengo hechuras de pantalla?
CAR. Si usted me permite hablar...
ROSA. No, señor. Usted se calla.
Ya lo sospechaba yo;
y porque lo sospechaba
le trato á usted de ese modo.
Despídase usted. Mi casa
no presta calor á ingratos.
Pensó usted que me engañaba?
Mal ha pensado. Despues
de haberse comido en rama (Dinero.)
mis cómodas, mis lavabos,
mis mantillas, mis alhajas...
CAR. (Qué indigestion, á ser cierto
lo que dice la madama!)
ROSA. Dónde encontrará el cariño
que en este hogar encontraba?
Dónde patrona más dócil

ni más desinteresada?
¿Quién sino yo le vestía?
¿Quién sino yo le calzaba?
¿Quién tratará con tal mimo
aquella ropita blanca
que ha muerto de consuncion,
pero no de mal cuidada,
puesto que duró dos años,
y es una agonía larga
porque á mis manos llegó
más que enferma deshauciada.
¿Quién le quitaba las botas?
¿Quién le sacaba la raya?
¿Quién ponía dos gotitas
de Colonia en la jofaina
cuando iba usted á lavarse
en tiempo que se lavaba?
Quien se porta así de acero
tiene revestida el alma.
Mira, si tuviera á mano
ó al nivel de esa ventana,
el viaducto moderno,
sin vacilar me arrojaba
á la calle de Segovia
pasára lo que pasára.

CAR. (Duda de lo que sería!
Pues no es la tormenta mala;
si se enternece la venzo.)

ROSA. Dicen que otorga el que calla.

CAR. Se administra así justicia
en esta tierra de España?

(Sale D. Pascasio con gran precaucion y se coloca sin ser visto detrás de las esteras.)

Sin oir á entrambas partes
no es buen juez aquel que falla.
Yo la amé á usted con delirio
y aún la... chito, lengua, basta;
no reveles los secretos
que encierra discreta el alma.
Cuando yo más la quería,
cuando yo más la adoraba,
viré su amor en redondo

y... si el recordarlo pasma!
Me presentó usted la cuenta
de lo que yo le adeudaba.
Me pareció cada número,
cada suma, cada raya
un garbanzo mofador,
una judía indignada,
una libreta agresiva,
una col epigramática,
que de mi triste miseria
con cinismo se mofaban,
gozando con el rubor
que enrojecía mi cara.
¡Presentarme á mí una cuenta!
¡Y decía que me amaba!

ROSA. Yo no tenía dinero.

CAR. Para el alma delicada
que no piensa pagar nunca,
es un tiro esa demanda. (Con mucha dignidad.)
Insúlteme usted si quiere...
ménos siento una palabra
que me pidan un duro.

ROSA. Conque esa ha sido la causa?

CAR. Y la cuenta fué un pretexto.
Usted lo que ambicionaba
era regañar conmigo.
Mi pobreza era una infamia,
era un padron de ignominia
que á doña Rosa afrentaba.
Mientras yo tuve *chaquets*,
bonitas americanas,
cuatro, cinco ó seis sombreros,
y ocho, nueve ó diez corbatas,
y eran copitos de nieve
mis camisas por lo blancas,
y hecho en el Prado un dandy,
á más de un duro llevaba
sombreros de esos de estoque
y pantalon de campana,
era el preferido. Ahora,
como en vez de aquellas galas
y en vez de telas inglesas

me visto de telarañas,
y la raya de este bosque
la saco con una caña...
es natural, don Pascasio
del triunfo coge la palma!
Señor, si el estanque chino
tuviera á poca distancia,
con más campanillas no
hubiera quien se matara;
pero quedan campanarios,
yo daré la campanada.

ROSA. (Será verdad? Me da miedo!)

CAR. (Parece que está más blanda.)

ROSA. Quién había de decirme
que aquel jóven que cantaba
inspirado por la luna
al compás de la guitarra
dulces endechas de amor
mientras yo le preparaba
aquellas cenas compuestas
de chuleta esparrillada,
lenguaditos al *graten*,
merluza que coleaba,
con un gazpacho andaluz...

CAR. No sea usted inhumana!
(Á voces y desesperado.)
No ve usted que abro la boca
lo mismo que una mampara?

ROSA. Ya no escucharé sus cánticos!

CAR. (Buena idea! Soberana!)

ROSA. (Va á arrullarme con la música.)

CAR. (Diz que la música amansa
á las fieras más feroces.
Si yo la domesticara...
Á cantar, si la enternezco
vuelvo á ganar su privanza.)

(Doña Rosa se ha sentado, volviendo un poco la espalda á Carracuca. Éste, que ha cogido la guitarra, canta colocando un pie sobre la silla en que doña Rosa se ha sentado.)

CANTO. (Jota.)

I.

CAR. Un gatito y una gata
se tenían mucho amor;
la gatita era celosa
y el gatito seductor.
Cuando el gato cariñoso
le decía mirri-miau,
la gatita con sus celos
contestaba fi-rri-fiau.
Morro-morronguita,
no te enfades, no,
porque á tí solita
te requiero yo.
Mira que no admito
ese firri-fiau,
sino un melosito
mirrirri-mi-rrimiau.

II.

Se explicaron los gatitos
y volvieron á su amor,
y juntitos, muy juntitos,
se encendían de calor.
Ya la gata cariñosa
en lugar de firri-fiau,
coquetuela y muy melosa
contestaba mi-rri-miau.
Morro-morronguita,
no te enfades, no,
porque á tí solita
te requiero yo.
Mira que no admito
ese fi-rri-fiau,
sino un melosito
mi-rri-mi-rrimiau.

HABLADO.

ROSA. (Contenta.) Ay, si eso fuera verdad!
CAR. Por celos coqueteaba.
Como eres tan coquetilla
y tantos celos me dabas!...
Quise vengarme.
ROSA. De veras?
CAR. Si á mi no me gusta Amalia,
pero como tiene trigo...
ROSA. Eres leal?
CAR. Renegaba
de mi nombre á ser posible
Tú eres cien veces más guapa.
Y por no tener un suegro
como don Pascasio...
ROSA. Acaba.
CAR. Hombre más insoportable!
¡Qué mal criado y qué facha!
ROSA. Ni yo le quiero tampoco.
Fingía que lo adoraba
por darte celos á tí.
CAR. Dame esa carne mechada
y el jamon, que yo te adoro!
ROSA. Y te subiré una pastas
y un filete de ternera
y un par de vasitos de agua.
CAR. El agua cuando me lave.
ROSA. Si le dices en su cara
al papá que no la quieres,
hoy mismo tienes en casa
ropa del bazar de Hisern,
dinero, y una petaca
con cigarrillos habanos.
CAR. Eres lo más campechana...
ROSA. Voy y vuelvo.
CAR. Que no tardes.
ROSA. Adios, gatito.
CAR. Adios, gata.
ROSA. Conejito de las Indias.

CAR. Almendra garapiñada.
ROSA. Tunante.
CAR. Zaragatera!
ROSA. Feo.
CAR. Fea.
ROSA. Guapo.
CAR. Guapa.

ESCENA VII.

CARRACUCA, y á poco D. PASCASIO.

CAR. ¡Qué gusto si la escalera
de cabeza la bajara!
Gracias á Dios que ya como.
(Sale D. Pascasio y le quita el almuerzo.)
PASC. Ni un bocado.
CAR. Esto faltaba.

MUSICA.

PASC. Por infame y mal amigo
le voy á desafiar.
CAR. No me sitie usted por hambre
que lo voy á reventar.
PASC. Venga al campo en el momento,
que esa sangre he de beberla.
CAR. Yo hácia el campo sólo salgo
en los dias de gran fiesta.
PASC. Pues ha de venir.
CAR. Pues no tengo humor.
PASC. Que sí le repito.
CAR. Le digo que no.
PASC. Cobarde.
CAR. No insulte.
No vale pegar.
PASC. Pues vamos al campo.
CAR. Pues vamos allá.
LOS DOS. Ah, yo te voy á matar,
y vas despues, vas á morir;

ah! yo desbarataré
tu plan, tu plan ruin.
Marchémonos, marchémonos
al campo, pues, á pelear,
salgámonos, salgámonos,
te voy á desollar.

HABLADO.

PASC. Plomo va usted á comer.
Mire usted la cucharilla.
CAR. Retire usted el servicio.
Yo soy muy llano.
PASC. Por vida...
CAR. Ántesque corra la sangre,
oiga usted dos frases mias.
Yo soy un hombre de bien;
yo estoy adorando á su hija,
pero á esa pobre patrona
le debo hasta la camisa,
y hasta que me aleje de ella
tres ó cuatrocientas millas
no me queda más remedio
para hallarla compasiva
que hacerle farsas de amor.
PASC. No cuela. Yo estallo de ira!
CAR. Yo sé que Rosa le quiere,
sí señor, con fatiguitas
de color de rosa... Claro!
Y como Rosa sabía
que nos estaba usté oyendo
le ha gastado la bromita
de hacer que me quiere á mí.
PASC. Yo sé que ella es muy ladina.
CAR. ¿Cuándo ha entrado usted?
PASC. Yo entré...
Yo entré cuando usted decía:
«Y es este en tierra de España
el modo de hacer justicia?»
CAR. Pues le vió entrar.

PASC. No lo creo.
CAR. Sí, porque astuta y maligna
me dijo aparte en voz baja
«Ahí está el toro.»
PASC. Qué pícara.
CAR. «Ayúdeme usté en la empresa
que yo seré agradecida.»
PASC. ¿Y qué empresa?
CAR. El muleteo,
capotazos, banderillas,
para enamorar á un hombre.
PASC. Pues eso me tranquiliza
en parte.
CAR. Deme el almuerzo.
PASC. Tome usted. Ella es muy lista.
CAR. Y quiere meterle á usted
en vereda.
PASC. Pobrecilla!
Eso es que me quiere y mucho.
CAR. ¿Quiere usted más claro el síntoma?
PASC. Me da usted formal palabra
de no hablarle en esta vida
de amores?
CAR. Yo se la doy.
(Asoma Doña Rosa la cabeza por la puerta de la derecha.)
Si para mí el mejor dia
será aquel en que á esa Rosa
la pueda perder de vista.
Á quien yo quiero es á Amalia

ESCENA VIII.

DICHOS, DOÑA ROSA y AMALIA.

ROSA. Pero es posible?
(Le quita el almuerzo á Carracuca.)
CAR. ¡Qué víbora!
Almuerzo más ventilado...
ROSA. Es usté un infame.
PASC. Y grita!

Pues eso es que usted lo quiere.
Luégo ha sido una mentira
lo que me ha contado usted?

ROSA. Yo no le quiero ni pizca.
Cásese usted con Amalia.

AMALIA. Si yo le aborrezco.

PASC. Mi hija
no es para sobras de nadie.

ROSA. Largo de casa en seguida.
(Riñen todos unos con otros.)

AMALIA. Pícaro. (Á Carracuca.)

PASC. (A Rosa.) Coqueta.

AMALIA. Tonto!

CAR. Embustera. (Á Rosa.)

PASC. (Á Carracuca.) Infame.

CAR. Arpía.

(Hablan á un tiempo los cuatro los ocho versos siguientes:)

LOS CUATRO.
Á mí no me insulte usted;
no me haga tragar saliba;
pero más vale callar.
Guárdese usted en la vida
de volver á hablar conmigo;
porque hay mucha diferencia
de su persona á la mia.

(Gran confusion. Derriban todos los muebles. Vánse doña Rosa, Amalia y D. Pascasio, en gran estado de agitacion.)

ESCENA IX.

CARRACUCA, solo.

¡Qué escena tan espantosa!
¡Qué escándalo! Y si á lo ménos
me hubieran abandonado
los despojos del almuerzo...
Pero me dejan no más
mi vergüenza, y... mis bostezos.
No puedo vivir así.

El decoro es mi alimento,
y puesto que me lo roban,
daré á la tierra mi cuerpo.
No hay que dudar! Me suicido;
voy á hacer mi testamento
si encuentro papel y pluma.
En el forro del sombrero
habrá papel. Tengo lapiz.
Es lo único que conservo
de mi opulencia perdida.
Voy á testar. Lo primero
es hacer un inventario
de los bienes que poseo.
(Ha arrancado el forro del sombrero. Despues coge la sombrerera y va sacando de ella cuantos objetos indica el diálogo.)
Á Timoteo mi primo
le dejaré lo que tengo.
Eslavon sin pedernal;
dos botones de chaleco.
Media vara de librea;
me la regaló un cochero.
Dos nueces, un duro falso,
retratos de Ángel primero.
La estampa del hijo pródigo;
una cáscara de huevo.
Certificacion de quintas;
papel sellado sin sello;
dos proclamas de los mios.
Ya está todo. Aún falta esto.
Elásticos de unas botas
que en seis pares me sirvieron.
Ya testé! Qué agradecido
me quedará Timoteo!
Ya aseguré su vejez.
Ya tiene el cocido puesto.
Despues de una accion honrada
respira tranquilo el pecho.
Ahora cojo esa pistola
y me hago saltar los sesos.
(Dispara la pistola y cae sobre una silla haciendo contorsiones.)

ESCENA ÚLTIMA.

DOÑA AMALIA, ROSA, D. PASCASIO y CARRACUCA.

LOS TRES. Ay! (Entrando.)
ROSA. Jesucristo! qué pasa?
CAR. Qué ha de pasar? Que estoy muerto.
ROSA. Y en mi casa! Qué intrigante!
Sí, para perderme lo ha hecho.
AMALIA. Pero es cadáver del todo?
PASC. Del todo. Si ya está yerto.
Tiene usted muchas heridas?
CAR. Lo ménos doce agujeros,
que solté los doce tiros.
PASC. Bien apuntados?
CAR. Al techo.
(Carracuca sigue haciendo contorsiones.)
ROSA. Ántes de espirar lea usté
lo que le trae el correo. (Le da una carta.)
CAR. Es letra de mi padrino?
(La abre.) De esperanzas miro un cielo.
¡Qué están mirando mis ojos!
Una credencial! Mi empleo.
Seis mil realitos en Cádiz.
PASC. Es un destinillo bueno.
CAR. Pido la mano de Amalia.
PASC. Concedida.
ROSA. (Perro, perro.)
PASC. Le pagaré á usté su cuenta.
ROSA. (Pues señor, del mal el ménos.)
PASC. Y nosotros al altar.
(Da á Doña Rosa la mano. Ésta la acepta.)
ROSA. (Apechugo... pero luego...)
CAR. Mi almuerzo! No hay que buscar.
(Todos se disponían á buscar el almuerzo, pero se quedan quietos á la segunda frase de Carracuca.)
PASC. Por qué el mandato nos quita?
CAR. Porque si viene una grita
se me puede indigestar.
No sé, tengo una impaciencia...

PASC. Adelante. (Animándole.) ¡Pobre chico!
CAR. (Con resolucion al público.)
Pues voy á soltar el pico
pidiendo benevolencia.

MÚSICA.

Repeticion de una estrofa de la jota del gatito.

FIN DEL JUGUETE.

Los Sres. directores de escena quedan autorizados á representar como pieza esta zarzuelita, suprimiendo todos los números de música, á excepcion de la jota del gato.

PUNTOS DE VENTA.

MADRID.

En la librería de los Sres. *Viuda é Hijos de Cuesta*, calle de Carretas, núm. 9.

PROVINCIAS.

En casa de los corresponsales de la Galería ADMINISTRACION LIRICO-DRAMÁTICA.